

LA MONEDA FALSA (O. Wilde)

Había una vez un hombre muy pobre que vagaba por las carreteras de su país en busca de cualquier empleo que le ofreciera el camino. Un día, durante su viaje, descubrió en la cuneta una moneda de oro con la efigie de un rey desconocido.

-¡Vaya suerte! -exclamó el hombre al ver la moneda de oro brillando bajo el sol.
¡Hace tanto que no me regalo una comida... !

Y así, acariciando con orgullo la dorada moneda que llevaba en el bolsillo, el hombre pobre entró en la taberna más cercana. Se sentó a una mesa de madera y pidió todo lo que era capaz de comer.

Cuando le retiraron los platos y los vasos, el hombre sacó la moneda de oro y, con un ademán elegante, la lanzó sobre la mesa para pagar la cuenta. Pero el posadero, después de revisar la moneda, frunció el entrecejo y le dijo:

-Esta moneda de oro es una moneda falsa, y el rey cuya efigie ostenta también es falso.

Al oír esto, el hombre pobre le respondió:

-¡Vaya! Esta es la única moneda de oro que tengo en el mundo. Pero encontraré un empleo por aquí cerca, y seguramente no tardaré mucho tiempo en reunir lo que debo.

Después de trabajar durante varios días al doble de su capacidad normal, el hombre fue fiel a su palabra y pagó la cuenta al posadero. Más tarde reunió toda su ropa en un montón y se hizo con un largo cayado de madera. Luego, tras salir de aquel pueblo, se dispuso a descubrir la tierra donde podría utilizar su moneda de oro.

El hombre pobre anduvo por todo el mundo, trabajando en lo que fuera. Viajó a través de parajes resecos por el calor y por territorios donde las montañas estaban cubiertas de nieve.

Pero nunca encontró la tierra que buscaba y nunca vio el rostro del rey. Aunque a lo largo de su andadura conoció muchos reinos, no pudo hallar aquel donde gobernaba el rey de la moneda de oro.

Al llegar a una nueva ciudad, el hombre pobre siempre mostraba su moneda de oro ante la muchedumbre que le rodeaba. La gente le echaba un vistazo y decía:

-Tu moneda es una moneda falsa, y el rey cuya efigie ostenta es un rey falso.

Pero el hombre pobre les respondía:

-Ya que su rostro es un rostro de oro, estoy seguro de que gobierna en algún lugar.

Al salir de cada nueva ciudad, la risa de la gente le seguía. Pero el hombre se llenaba de júbilo cuando ponía el rostro al sol y continuaba el viaje, y a dondequiera

que fuese cantaba, pues en el bolsillo sentía la moneda de oro y en su corazón la esperanza.

El hombre pobre viajó y viajó y, tras mucho tiempo, llegó a un gran río y se sentó cansinamente a su orilla. Caía la tarde; en la penumbra del ocaso pudo ver a un barquero, de rostro arrugado y cuerpo negro, que estaba sentado cerca de él. Después de saludar al barquero, el hombre pobre le pidió que lo pasara al otro lado del río. A cambio le ofreció su moneda de oro. Para su sorpresa, el barquero aceptó y lo condujo a su barca.

Tan pronto como el hombre pobre y el barquero se sentaron en el bote...